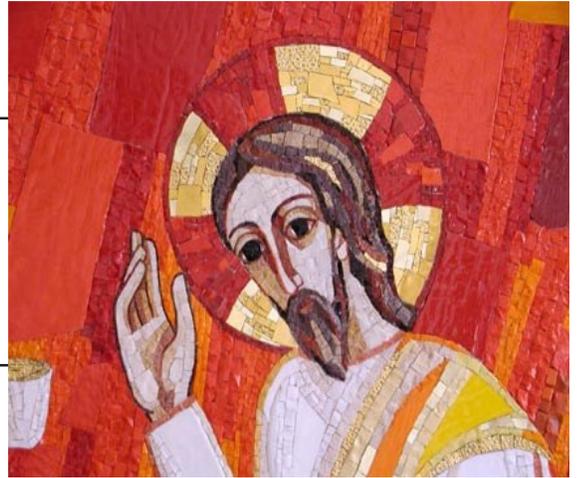


Reflexión sobre el Misterio de Cristo

La religión cristiana propone una salvación que no pasa por una realización solamente individual y subjetiva sino que resulta del contacto personal de los hombres con Dios, que también es persona. Esta es quizá la verdad más importante que tiene el cristianismo para decir a los hombres de hoy, y esto porque es frecuente hoy encontrar la idea de una realización humana que depende en definitiva de lo que el hombre pueda sacar de sus potencialidades.



*No pocas religiones, **las orientales** por ejemplo, proponen la perfección del hombre como una suerte de estado del alma al cual el hombre llega por medio de un ejercicio espiritual que consiste muchas veces en la **negación de los deseos y pasiones**, y que tiene su punto de partida en la toma de conciencia de una **pertenencia a una Totalidad**.*

*En esas propuestas religiosas la salvación o estado de perfección pareciera concluir en una **disolución del individuo** con todo lo que ello implica. Con el cristianismo ocurre precisamente lo contrario puesto que no se puede hablar de un Dios cristiano sino es a partir de la noción de un Dios que es persona. Por la revelación del Nuevo Testamento sabemos, además, que no solamente Dios es un ser personal como aparecía en la revelación del Antiguo Testamento sino que además hay tres personas de Dios. **Tres individuos distintos** por las relaciones que tienen entre ellos pero que tienen en común la misma y única naturaleza divina.*

*El Dios cristiano, entonces, nunca existió como un ser individual solitario y aislado. Desde toda la **eternidad** hay un Padre, un Hijo y un Espíritu Santo: Dios es familia o comunidad desde siempre.*

*Este Dios quiso, por su infinita bondad, crear seres que participaran de esta dignidad que constituye el ser persona, y por eso creó a los hombres a imagen y semejanza suya. Por este motivo, para el cristianismo, **la salvación**, lejos de consistir en una disolución de las personas en un todo, **estriba en el encuentro de las personas humanas con las personas divinas, con lo cual el concepto de persona constituye la clave de comprensión de la propuesta cristiana.***

Más aún, cuando Dios quiso darse a conocer y manifestar a los hombres la salvación que les propone, eligió, en un principio a personas que hicieran de intermediarios (patriarcas, profetas, etc.), pero quiso también hacerse El presente en personas. Para revelarse de manera definitiva el Padre envía al Hijo que asume la naturaleza humana y es concebido por una mujer, María, por obra del Espíritu Santo. Esta presencia personal y directa de Dios en la historia significa que Dios sale al encuentro personal del hombre. Ese encuentro es fruto del descenso de Dios a los hombres y del ascenso de los hombres a Dios, en Cristo, en su naturaleza humana y por medio de ella todos los que aceptan a Dios.

Por lo tanto, la principal tarea que tenemos que emprender, si queremos conocer la verdad sobre la salvación del hombre, es conocer la persona divina que se hizo hombre para hacernos visibles al Dios invisible.

La salvación cristiana se afirma entonces en dos grandes verdades:

- 1. El valor de la persona divina y humana;**
- 2. El valor de lo humano para Dios.**

*El hecho de que Dios haya asumido **la naturaleza humana**, una naturaleza infinitamente inferior a la suya, señala con claridad que seguramente Dios la aprecia más que nosotros mismos. De allí que haya querido servirse de ella como un **instrumento válido** para llevar a cabo la redención de los hombres.*

La plenitud espiritual se alcanza de manera definitiva en la vida eterna, sin embargo, no sólo se realiza en la otra vida sino que tiene el inicio en esta **existencia temporal**. La visión cara a cara de Dios es la realización acabada del acto de fe por el cual el hombre aquí en la tierra comienza a conocer a Dios. La salvación, entonces, no es sólo una realidad eterna sino también temporal. La fe cambia el sentido de la vida de una persona porque la dirige hacia objetivos y valores completamente nuevos, trascendentes.

Esos fines y valores trascendentes son los que permiten el despliegue de todas las potencialidades humanas, físicas y espirituales y por ello permiten también una plenificación de la existencia histórica.

Con la humanización del Hijo de Dios se inicia la humanización y divinización del hombre.

En la existencia humana de Jesús no sólo se revela la naturaleza del Hijo de Dios sino que también se muestra el modo más perfecto de existencia humana. El Hijo, por ser engendrado por el Padre, es imagen de Aquél, que es su origen, y al asumir la naturaleza humana realiza, además, otra imagen, la imagen más acabada de lo que Dios quiso hacer en el hombre cuando lo creó a imagen y semejanza suya.

*Hay, además, otro significado valioso en este descenso de Dios a la historia humana y es que Dios no está aislado y distante del hombre, más bien podemos decir que con lo que hizo podemos descubrir en Él una pasión por el hombre. Hay en Él un profundo **deseo**, un amor sin límites por este ser que Él sacó de la nada y lo hizo existir, **por estar junto al hombre. Por este motivo Dios se hace hombre**, y será hombre para siempre. Después de este gesto de amor nadie puede pensar que el hombre pueda estar alguna vez sólo y abandonado. Aún en su estado más profundo de soledad puede él descubrir, en la inmensidad del espacio, un Tú como seguridad y compañía.*

En este intercambio entre Dios y el hombre, ni Dios deja de ser divino por hacerse humano ni el hombre pierde su condición por hacerse imagen de Dios. Por el contrario, la bondad divina se muestra más grande que nunca, y la bondad humana adquiere una realización trascendental.

1 – Jesús, El Hijo De Dios Hecho Hombre

En Jesús de Nazareth se realiza el misterio más grande de la fe cristiana porque sin dejar de ser Dios se hizo hombre de verdad.

Resulta muy difícil la explicación de cómo lo divino puede caber en lo humano, por eso no fue simple el deseo de **explicación teológica** que a lo largo de la historia de la Iglesia se intentó a partir de este dato de la revelación. Es difícil explicar cómo este hombre que vivió en un momento concreto de la historia se comportaba como Dios y como hombre.

En los relatos evangélicos aparece el mismo Jesús formulando la pregunta a sus propios discípulos: “¿Qué dice la gente sobre el Hijo del hombre? ¿Quién dice que es?”

En las distintas respuestas algunos lo identifican con algunos de los profetas anteriores hasta que toma la palabra Pedro y responde: “Tú eres el Mesías, el Hijo de Dios vivo”. Jesús lo felicita porque esa confesión de fe es una revelación divina.

Desde entonces **los apóstoles** se vieron obligados a tratar de explicar quién era este Jesús de Nazareth. Pasaron más de tres siglos para que después de mucho debate en el seno mismo de la Iglesia ésta pudiera **proclamar oficial y formalmente** cómo hay una naturaleza humana y otra divina en el hijo de José y María.

El Concilio de Calcedonia (año 451) define la fe de la Iglesia de esta manera:

“Siguiendo, pues, a los Santos Padres, todos a una voz enseñamos que ha de confesarse a uno sólo y el mismo Hijo, nuestro Señor Jesu- cristo, el mismo perfecto en la divinidad y el mismo perfecto en la humanidad, Dios verdaderamente, y el mismo verdaderamente hom- bre de alma racional y de cuerpo, consustancial con el Padre en cuanto a la divinidad y el mismo consustancial con nosotros en cuanto a la humanidad, semejante en todo a nosotros, menos en el pecado (Hebr. 4, 15); engendrado del Padre antes de los siglos en cuanto a la divini- dad, y Él mismo, en los últimos días, por nosotros y por nuestra salva- ción, engendrado de María Virgen, madre de Dios, en cuanto a la humanidad; que se ha de reconocer a uno sólo y el mismo Cristo Hijo Señor unigénito en dos naturalezas, sin confusión, sin cambio, sin división, sin separación, en modo alguno borrada la diferencia de na- turalezas por causa de la unión, sino conservando, más bien, cada naturaleza su propiedad y concurriendo en una sola persona y en una sola hipóstasis, no partido o dividido en dos personas, sino uno sólo y el mismo Hijo unigénito, Dios Verbo Señor Jesucristo”

1

. DENZINGER E., El Magisterio de la Iglesia, Herder, Barcelona, 1963, n.148.

La fe de la Iglesia, entonces, afirma que existen dos naturalezas que se unen en Cristo, la humana y la divina. Trataremos ahora de explicar en qué consiste esta unión para entender cómo es posible que un mismo sujeto sea hombre y Dios a la vez.

En primer lugar hay que decir que estas naturalezas, cuando se unen no se funden o mezclan constitu- yendo una sola, sino que, después de la unión, ambas permanecen perfectamente **íntegras e inconfusas**.

En otras palabras, *el Verbo divino, al asumir la naturaleza humana, no deja de ser Dios.*

Para comprender mejor esto tenemos que recordar que *por naturaleza entendemos la esencia de una cosa*, en cuanto es principio de las operaciones que le son propias. La naturaleza no es lo mismo que la persona porque no responde a la pregunta: quién es éste, determinando un sujeto, sino que responde a la pregunta de: qué es éste, no dice si es Juan o Diego sino si es o no hombre, por ejemplo. *La naturaleza designa a la cosa, a su ser; la persona designa al yo.*

Es metafísicamente imposible la fusión de la naturaleza divina con la naturaleza de un ser creado porque eso implicaría una transformación pasiva o activa de los componentes; así por ejemplo, cuando forman una nueva naturaleza, dos sustancias completas, como cuando el hidrógeno y el oxígeno forman el agua; o bien cuando dos seres incompletos forman una única naturaleza, como por ejemplo la materia y la forma, o el cuerpo y el alma constituyen al hombre. Tampoco es posible la transformación por la asimilación completa de un ser en otro, como cuando un hombre incorpora un alimento. *Ninguna de estas uniones es posible* puesto que la naturaleza divina es inmutable, perfecta e impassible; y por otra parte porque la naturaleza humana jamás puede transformarse en divina.

Luego, es necesario que ambas naturalezas continúen siendo tales y la unión se verifique en la persona .

Cuando decimos que *hay dos naturalezas en Cristo*, que al unirse siguen existiendo como distintas, estamos diciendo que *Él es Dios y hombre verdadero. Sin embargo no hay más que una sola persona, un solo yo: el yo divino del Hijo de Dios.* Esto es lo que expresa el dogma del Concilio de Calcedonia. En Cristo hay una sola persona divina, la del Verbo, en dos naturalezas distintas, la divina y la humana. Por lo tanto no hay fusión de las naturalezas. Esta primera aclaración es importante porque algunos errores en el ámbito cristiano consistieron en afirmar una fusión y por lo mismo la existencia de una sola naturaleza en Cristo, quedándose sólo con la humana o la divina.

Como pudimos ver en los *textos bíblicos*, aparecen claramente acciones que manifiestan la existencia de ambas naturalezas.

1. *El aspecto humano de Jesús* se manifiesta desde el hecho mismo de su concepción natural, narrada al inicio de los Evangelios; también en aquellos pasajes en los cuales Jesús se manifiesta muy humano porque se siente cansado del viaje y con sed (Jn. 4, 6); o cuando se duerme y al despertar ordena a los vientos calmarse para evitar el naufragio de la barca (Mt. 8, 24); cuando es tentado por el demonio en el desierto (Mt. 4, 1); como cualquier hombre siente temor y angustia, etc.
2. *Por otra parte hay textos que hablan de su divinidad*, como cuando es llamado Hijo del Altísimo (Lc. 1, 30); también cuando es adorado como Dios siendo niño en el pesebre (Mt. 2, 11); cuando se trasfigura y se muestra resplandeciente en el cielo (Mt. 17, 2); perdona los pecados y para mostrar su divino poder realiza el milagro de hacer caminar a un parálítico (Lc. 5, 20); cuando Él resucita al tercer día y cuando asciende a los cielos (Lc. 24, 5. 25).

En estas acciones se manifiestan las dos naturalezas, ya que la naturaleza, como dijimos, es el principio de operaciones de un ser. Jesús no podría haber hecho estas acciones si no fuera verdaderamente hombre y verdaderamente Dios, que es lo que aparece claramente en un mismo texto, así por ejemplo en el prólogo del Evangelio de San Juan: “*Al principio existía la Palabra, y la Palabra estaba junto a Dios y la Palabra era Dios . . . Y la Palabra se hizo carne y habitó entre nosotros*” (1, 1. 14); Él mismo afirma que con el Padre es “*una sola cosa*”, es decir un solo ser (Jn. 10, 30); y por eso Él dice que el que lo ha visto, ha visto también al Padre (Jn. 14, 9).

La unión, por lo tanto, de las dos naturalezas en Cristo se realizó en la persona divina del Verbo; luego, en Cristo, no hay más que una sola persona, no humana sino divina.

La persona se define así: sustancia individual de naturaleza racional.

BOECIO, De duabus naturis et una persona Christi. c.3: PL. 64, 1345.

El ser personal es una **sustancia** porque existe por sí mismo, a diferencia de los accidentes que necesitan existir en otros, como por ejemplo el color, el tamaño, la figura, etc., que siempre existen en una sustancia, a la cual modifican.

El ser personal es también un ser **individual**, es decir, distinto de los demás e indistinto de sí mismo. La persona es siempre única en el mundo, completa en sí misma e incomunicable a los demás. Finalmente la persona es también de **naturaleza racional** puesto que, dotado de alma, el hombre puede conocer y amar, obrar por sí mismo, es decir con libertad, con conciencia del fin de sus acciones y por lo tanto con responsabilidad ética de sus actos.

Por todo esto, podemos decir que la persona es el modo más perfecto de ser de una sustancia, por la autonomía metafísica que tiene. Esto significa que la persona no puede dejar de ser quien es, fundirse en otro ser, perdiendo su ser, y que tampoco puede ser utilizada con otro fin que no sea ella misma. La persona, entonces, tiene este doble aspecto; su ser individual no depende de otro, pero por otra parte, su realización requiere la apertura a los demás seres.

Siendo imposible la fusión de la naturaleza divina con la humana, el único modo posible para que dicha unión se dé, es que la persona divina, que sigue siendo formalmente la misma, asuma una nueva naturaleza en sus ser personal. La unión se realiza entonces en la persona del Hijo de Dios que es el sujeto de atribución de todas las acciones, esto es, que las acciones de Cristo se atribuyen a la única persona divina, sean que procedan de la naturaleza humana o divina; en otras palabras, el yo de Jesús es divino y es el mismo y único yo que tiene hambre, sed, que hace milagros y que resucita.

Sólo así es posible que Jesús sea el Salvador de todos los hombres, ya que es necesario que sea hombre para que por medio de Él, la salvación llegue a todos los hombres; y también es necesario que sea Dios, para que el poder de salvar sea realmente universal. La salvación requiere un contacto, un puente entre ambas naturalezas, y éstas se unieron en Cristo en la persona del Verbo. Esta unión que se da

en la persona es la que en teología se llama **unión hipostática**, porque hipóstasis en griego significa persona. **La persona, entonces, de Cristo es compuesta, ya que subsisten en ella dos naturalezas distintas.** La humanidad en Cristo se une sustancialmente, no accidentalmente; esto significa que el Verbo no se reviste de humanidad como una apariencia externa como si fuera un Dios vestido de hombre, sino que se hizo verdaderamente hombre y por lo tanto su humanidad es completa, consta de alma y cuerpo como en nosotros; sino, no sería verdadero hombre y no sería un Salvador para los hombres.

Esta unión hipostática entre lo divino y lo humano es la forma más elevada de unión posible del orden natural con el sobrenatural puesto que no se trata ya de una participación de la vida divina como ocurre con la gracia, sino que la naturaleza humana de Cristo se une sustancialmente a la persona del Verbo, siendo asumida por ella. La gracia es siempre un accidente, es decir, algo agregado a la sustancia humana; por eso no convierte al hombre en Dios, sólo pone la presencia de Dios en el alma y le da capacidad para realizar actos sobrenaturales. En la unión hipostática las dos naturalezas se unen en el ser mismo del Hijo de Dios. Para decirlo en otros términos, cuando Jesús se llama a sí mismo Hijo de Dios, **no quiere decir** que sea un hombre especialmente bendecido por Dios como un pro-feta importante, sino que Él es Dios, que tiene la misma sustancia divina del Padre y del Espíritu Santo.

Jesús es santo, porque tiene el ser de Dios, y este ser eleva aquella humanidad que Él asume al estado más perfecto porque la hace existir en el ser divino. Cristo es perfecto hombre porque realiza la humanidad de la manera más elevada y tiene Él, además, la plenitud de las gracias por ser a la vez Dios

La persona que asume la naturaleza es la persona del Verbo porque la unión se realiza en este individuo. En efecto, si bien en Dios todas las acciones que se realizan fuera del mismo intervienen las tres personas juntas, siempre se le atribuye a una persona una acción en particular de acuerdo a la misión que tiene dentro de la Trinidad Divina. Así por ejemplo al Padre se le atribuye la Creación. En este caso la asunción de la naturaleza humana se realiza en la segunda persona de la Santísima Trinidad.

En Dios hay una sola esencia y tres personas.

Hay tres individuos, el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, que no se **distinguen** en nada, salvo en las relaciones entre ellos. No se distinguen porque comparten la misma esencia, los mismos atributos o perfecciones: los tres son Dios, los tres son eternos, los tres son perfectos, etc.. Sin embargo, sí se distinguen por la posición que ocupan uno de otro, esto es, porque sólo al Padre le compete ser principio y origen, sólo al Hijo, engendrado por el Padre y sólo al Espíritu Santo, ser fruto del amor mutuo entre el Padre y el Hijo.

El Hijo es la imagen perfecta del Padre y es engendrado por un acto de conocimiento por el cual Dios se piensa a sí mismo. El Hijo es, entonces, la idea perfecta que el Padre tiene de sí mismo, y como la Encarnación tiene por objetivo la manifestación de Dios haciendo visible al Dios invisible, era conveniente que se encarnara el Hijo. El Hijo natural de Dios, además, vino a salvar a los hijos adoptivos mostrándoles la verdadera sabiduría divina.

Ahora bien, nosotros deberíamos preguntarnos también, por qué Dios asume la naturaleza humana y no otra.

- La respuesta tiene dos razones principales:
 - por su dignidad, porque se trata de una naturaleza racional que puede conocer y amar a imagen de Dios;

- porque los hombres son los que habían caído en el pecado de soberbia de querer ser como Dios y se habían alejado y necesitaban ser redimidos.

Hay que aclarar aquí que el Verbo de Dios asume una naturaleza humana y no una persona humana porque a esa naturaleza humana le faltaba, para ser persona, la subsistencia (la existencia en sí) que es la que tiene el Verbo. Como dijimos antes no puede haber fusión entre las naturalezas, ni dos personas.

La naturaleza humana que asume el Verbo carece de personalidad humana; ésta es sustituida por la personalidad divina del Verbo. De esta manera el Salvador realiza la redención de los hombres en la misma naturaleza que se había alejado de Él por el pecado, reafirma la dignidad del hombre a pesar de la debilidad de éste y la usa como instrumento para su victoria, con lo cual le da una dignidad aún mayor.

Que Cristo haya asumido la naturaleza humana implica la asunción de un cuerpo humano individual, real, verdadero. No se trata de una apariencia humana, o de un fantasma sino de un hombre y es lo que transmiten todos los Evangelios y los testigos allí presentes. Asume naturalmente, también, un ***alma racional verdadera***, porque sino no sería verdadero hombre. Por lo tanto, ***tiene inteligencia y voluntad.***

En Cristo hay un ***conocimiento*** que tiene origen directamente en la ***naturaleza divina y otro que corresponde a la naturaleza humana*** y a su desarrollo lógico normal. Ambos se complementan en la única psicología humana de Jesucristo, así como en nosotros se complementan el conocimiento intelectual y el conocimiento sensitivo.

En efecto, hay un ***conocimiento humano*** que es como el nuestro que es progresivo y se perfecciona con el tiempo a medida que la persona madura. Esto, naturalmente, le sucede a Jesús.

Sin embargo hay también un ***conocimiento divino*** que tiene que ver con su preexistencia en Dios desde toda la eternidad. En Dios hay una inteligencia que es infinita porque Él tiene el máximo grado de inmaterialidad al ser espíritu puro sin mezcla de materia ni de potencialidad alguna. Esta inteligencia infinita se conoce en primer lugar a sí mismo de manera perfecta porque en Él se identifica el ser y pensar. Además, Dios conoce todas las cosas distintas de sí mismo porque proceden de Él, que es su creador, y porque todas ellas preexisten en su inteligencia, porque antes de ser creadas fueron pensadas.

Este conocimiento de las cosas es también perfecto y por lo tanto no discursivo sino ***intuitivo***, es causa de las cosas, es anterior a ellas. ***El conocimiento que Dios tiene abarca todas las cosas***, las que han existido, las que existen y las que existirán. No hay nada de lo que exista que escape a su conocimiento ni siquiera el mal y por lo tanto este conocimiento es invariable.

En Jesús se da este conocimiento porque Él no deja de ser Dios por haber asumido la naturaleza . Él mismo dice: “Yo hablo de lo que he visto en el Padre”¹². Y también dice. “El que viene del cielo da testimonio de lo que ha visto y oído”¹³. Por eso podemos decir que la inteligencia humana de Cristo tiene este conocimiento de Dios y de todas las cosas que es de origen divino, no humano, un conocimiento perfecto. Lo que resulta difícil de explicar es cómo se da en una psicología humana este

conocimiento y éste es el límite de la comprensión teológica de un misterio que nos desborda ya que siendo el yo divino, su conocimiento tiene que ser necesariamente perfecto.

Por otra parte también se puede decir que existe en Él un conocimiento humano adquirido porque tenía una experiencia real de las cosas y las personas; de hecho, en las Escrituras existen manifestaciones. Así, por ejemplo, hace preguntas: “¿Quién dicen los hombres que soy yo?”; “¿Cuánto tiempo hace que le pasa esto?”; “¿Cuántos panes tiene?”. También a veces muestra admiración por descubrir cosas que no conocía, como la grandeza de la fe de una mujer, por ejemplo (Mt. 15, 28), o la admiración que le causa la incredulidad de algunos. Pero el texto más evidente es el que hace directa relación a este progreso del conocimiento humano en Cristo: “Jesús crecía en sabiduría y edad y gracia ante Dios y ante los hombres”.

La inteligencia humana de Cristo es perfectible como la nuestra, por ello crece y progresa con el tiempo y tiene en cada edad la que corresponde a su desarrollo. Su humanidad no fue absolutamente omnipotente porque la omnipotencia es un atributo propio de la divinidad que no puede comunicarse a una criatura finita. Sin embargo, hay en ella una nota peculiar de perfección puesto que hay en ella un orden perfecto por el cual las potencias inferiores eran dirigidas por la inteligencia y la voluntad que estaban ordenadas a Dios. En efecto **no puede haber pecado o desorden en Jesús** porque el sujeto que realiza las acciones es siempre el yo divino del Verbo y es imposible que Dios actúe de manera imperfecta o en contra de sí misma.

La humanidad de Cristo, al estar unida a la divinidad, sirve de instrumento por medio del cual Dios realiza las acciones salvíficas. El instrumento es aquello a través de lo cual un agente produce un efecto (la lapicera es instrumento en la escritura). La causa principal es el agente que dirige la acción mientras que el instrumento ejecuta la producción del efecto. De esta manera es como la humanidad de Cristo sirve de instrumento a la divinidad puesto que en ella Dios realiza los actos que servirán para la salvación del hombre.

Esta humanidad de Cristo sigue siendo en el cielo causa instrumental de las gracias por las cuales Cristo acerca a los hombres hacia Él. En efecto, Cristo, cuando asciende a los cielos, asciende también con su cuerpo, es decir, sigue siendo hombre para siempre y por eso podemos decir que lo que hizo como hombre en la tierra lo sigue haciendo como Dios sentado a la derecha del Padre para toda la eternidad.

Respecto de la humanidad de Cristo durante su vida en la tierra hay que decir que así como dijimos ya que el conocimiento humano de Cristo era perfectible, lo mismo sucede con su cuerpo, puesto que si bien podemos hablar de una perfecta armonía espiritual y ésta, seguramente redundaba en el cuerpo, **en Cristo se dan todas las necesidades propias del cuerpo**, por eso, como antes vimos, su comportamiento es naturalmente humano, tiene hambre, sed, se cansa, etc..

Que sea el Hijo de Dios no priva de tener que ofrecer un ejemplo de paciencia para estas cosas que son propias de la vida de todo hombre. Lo que no hay en Cristo son los defectos que tienen que ver con una imperfección espiritual, como la ignorancia, la inclinación al mal, la dificultad para hacer el bien.

Y estos defectos ni el pecado se dieron en Jesús porque era el Hijo de Dios, de Él se dice “*Apareció para destruir el pecado y en Él no hay pecado*”. También San Pedro dice “*En Él no hubo pecado y en su boca*

no se halló engaño”.

En efecto, ***el pecado es incompatible con el ser y la misión de Cristo porque la encarnación se dio para destruir el pecado***; porque la santidad perfecta de Cristo es incompatible con el pecado; y finalmente porque fue el ejemplo de todas las virtudes. Sin embargo, paradójicamente, resulta ser Él la víctima por los pecados de los hombres. Como dice San Pablo: *“A quien no conoció el pecado, Dios le hizo pecado por nosotros”*. Esta perfección de Cristo excluye toda inclinación al pecado o al desorden espiritual. Su humanidad apetecía naturalmente las cosas buenas y deleitables pero no de una manera desordenada, es decir, no la búsqueda del placer como un fin.

Por ser verdadero hombre tenía Él pasiones, sin embargo ellas no representaban una imperfección moral, ***estaban siempre ordenadas por la razón y dirigidas al bien***. En efecto, esos movimientos del apetito sensible que surgen a partir de la percepción del bien o del mal sensible, también forman parte de lo que implica ser verdaderamente hombre para Él.

Así es como en los Evangelios Jesús aparece demostrando amor particular por algunos de sus amigos (Mc. 10, 21); se conmueve notablemente por la muerte de su amigo Lázaro causando admiración en los presentes (Jn. 11, 35-36); siente rechazo por Satanás y en varias ocasiones le ordena retirarse (Mt. 4, 10); el gozo en alguna ocasión lo desborda al punto de concluir en una alabanza al Padre (Lc. 10, 21); siente ira cuando echa a los mercaderes del Templo, o cuando quieren impedirle hacer una sanación el sábado; y por último siente tristeza y angustia cuando se acerca el momento de su muerte (Mt. 26, 37).

De todo esto podemos concluir que ***Cristo padeció mucho dolor durante su vida***, un dolor real. Siente un dolor espiritual por el rechazo o la indiferencia de los hombres, pero siente además un dolor físico por todo lo que sufre desde el juicio hasta la muerte en cruz. No hay en Él sentimientos de venganza hacia aquellos injustos agresores, por el contrario, muestra la grandeza de su amor implorando al Padre que los perdone porque no saben lo que hacen.

Para concluir con nuestro intento de comprensión de lo que fue la humanidad de Cristo durante su vida terrenal tenemos que agregar que ***hubo en Cristo dos voluntades, una divina y otra humana***. Así es, puesto que la voluntad forma parte de una naturaleza racional, y habiendo dos naturalezas íntegras y perfectas en Cristo, no podría haber sino dos voluntades. Esto no significa que exista contraposición entre las mismas o una división interna como sucedería en el caso de una doble personalidad. Significa, más bien, que Cristo en cuanto a hombre, quería algunas cosas y rechazaba otras de una manera ordenada, como por ejemplo sentía rechazo por el dolor aunque terminaba aceptando que la voluntad de su Padre es que termine muriendo en la cruz: *“Padre, si quieres aparta de mi este cáliz; pero que no se haga mi voluntad sino la tuya”*

En varias ocasiones reitera Él que ***no busca hacer su voluntad sino que la voluntad de quien lo envió*** (Jn. 5, 30), que para eso ha bajado del cielo, para hacer la voluntad del Padre (Jn. 6, 38) En todos estos casos se muestra como ***la voluntad humana se dirige a aquello que la voluntad divina le señala***. Esto no significa de ninguna manera que Jesús no haya sido un hombre libre puesto que la libertad es un medio para alcanzar un bien, y sólo se realiza cuando lo logra. Una elección equivocada es una frustración de la libertad. Que la voluntad humana en Cristo esté siempre orientada hacia el bien no

significa que no sea libre, sino, por el contrario, lo es de manera perfecta, es decir, que elige siempre el bien. Tiene un dominio perfecto de sí mismo y por eso es un ejemplo para los hombres y lo expresa de manera sublime cuando hace entrega de todo su ser: *“Nadie me la quita (la vida), soy yo quien la doy por mí mismo. Tengo poder para darla y poder para poder a tomarla. Tal es el mandato que del Padre he recibido”*. Estas dos voluntades en Cristo de ninguna manera significan una división en su yo en el cual se une la conciencia divina y la conciencia humana. Él sabe que es hombre y que es Dios y que es uno mismo.

Como consecuencia de la encarnación hay que decir que ***Cristo en cuanto hombre, estuvo realmente sometido al Padre***, puesto que sabía que de Él tiene su origen y que a Él debe obedecer. Por esto Cristo ora en cuanto hombre como aparece a menudo en los Evangelios, siente Él necesidad de hablar con su Padre: *“A la mañana, mucho antes de amanecer, se levantó, salió y se fue a un lugar desierto, y allí oraba”* Era normal que en cuanto hombre expresara a Dios Padre sus deseos, su voluntad, etc.. También Él debía orar en cuanto hombre por sí mismo y por todos los hombres elevando peticiones por ellos.

Por último, Jesucristo es verdadero y sumo eterno sacerdote como enseña la Escritura, puesto que, como sacerdote cumplió la misión de ofrecer sacrificios a Dios en alabanza de su infinita majestad y para obtener el perdón de los pecados del pueblo. ***El sacerdote es mediador entre Dios y el pueblo*** porque por una parte transmite al pueblo las cosas divinas, y por otra, ofrece a Dios las oraciones y sacrificios en nombre del pueblo. Como dice el autor de la carta a los hebreos: *“Teniendo, pues, un gran pontífice que penetró en los cielos, el Hijo de Dios, mantengámonos adheridos a la confesión. No es nuestro pontífice tal que no pueda compadecerse de nuestras flaquezas, antes fue tentado en todo a semejanza nuestra, menos en el pecado”*.

Es sacerdote por ser hombre y Dios ya que al unirse la naturaleza divina con la humana, aquella consagra a ésta; esto es, la llena de gracias de una forma más plena y perfecta.

Todo sacerdote es destinado a la misión de ser puente entre Dios y los hombres por una consagración y en este caso esto se produce en el instante mismo de la unión en la concepción. El sacerdocio en este caso ***es Sumo y eterno*** porque la persona que Él ejerce es la persona del Hijo de Dios. Por lo tanto no se trata de una gracia recibida sino del ser divino que posee. En este caso Él no tiene necesidad de ofrecer un sacrificio por sí mismo puesto que es Dios y además no hay en Él pecado; Él lo hace por todos los hombres, y en nombre de ellos. Además en este caso, el sacrificio que Él ofrece es Él mismo, su vida, por la salvación de los hombres, de manera tal que en Él se identifican el sacerdocio y la víctima del sacrificio que Él ofrece.

Por todo cuanto llevamos dicho podemos concluir que ***Cristo es el único y verdadero mediador entre Dios y los hombres***. Por la obra de la salvación que realizó durante su vida terrestre, desde la encarnación hasta su ascensión a los cielos, sobre todo con su pasión y muerte en la cruz.

En conclusión: la mediación de Cristo la realiza primero en su ser en cuanto en Él se unen la naturaleza divina y humana pero también con sus obras, puesto que fueron aquellos hechos de la vida de Cristo con los cuales Él efectivizó su misión de Salvador:

“Porque uno es Dios, uno también el mediador entre Dios y los hombres, el hombre Cristo Jesús, que se entregó a sí mismo para redención de todos.
